

UNA ESCENA
DEL
QUIJOTE.

CUADRO EPISÓDICO

ORIGINAL Y EN VERSO

POR

D. Aureliano Ruiz.

GRANADA.

IMPRESA DE D. PAULINO VENTURA Y SABATEL,
Plaza de Bib-Rambla.

1878.

12412220

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	002
Numero:	073 (19)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

A Fabio,

Auriliano

UNA ESCENA DEL QUIJOTE.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
— GRANADA —	
Sala	<u> C </u>
Estante	<u> 15 </u>
Número	<u> 60 (2) </u>

12412220

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

numero:

073 (19)

A Fabio,

Aureliano

UNA ESCENA DEL QUIJOTE.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
— GRANADA —	
Sala	<i>C</i>
Estante	<i>75</i>
Número	<i>60 (2)</i>

1844
1844
1844

B. 35.065

M. 86-2

UNA ESCENA
DEL
QUIJOTE.

CUADRO EPISÓDICO

ORIGINAL Y EN VERSO

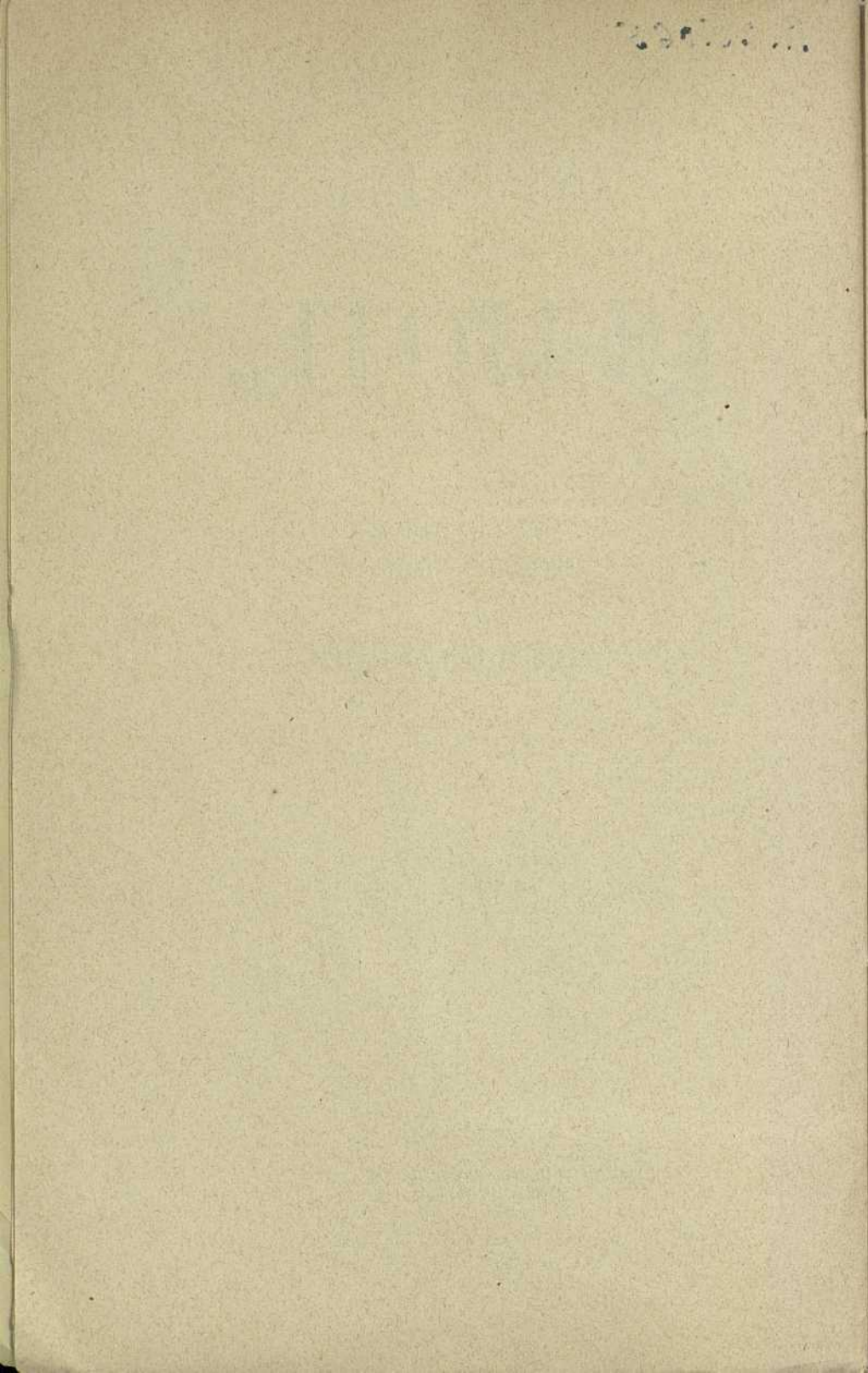
POR

D. AURELIANO RUIZ.

Escrito expresamente
para el Liceo de Granada, y representado
en la sesión de 23 de Abril de 1876.

GRANADA.

IMPRESA DE D. PAULINO VENTURA SABATEL,
Plaza de Bib-Rambla.
1876.



A SUS AMIGOS Y COMPAÑEROS

DE

JUNTA DE GOBIERNO,

*dedica esta humilde produccion, en
testimonio de gratitud y afecto,*

El Autor.

PERSONAJES.

La Sobrina de Don Quijote.
Don Quijote de la Mancha.
Sancho Panza, su escudero,
El Cura del lugar.

La escena pasa en el lugar de Argamasilla de Alba,
por los años de 1600.

El desempeño de esta obrilla corrió á cargo de la SR^{TA}. D.^a DOLORES RODRIGUEZ, y de los SR^{ES}. D. ANTONIO M.^a MARTINEZ, D. MIGUEL MEJIA y D. JOSÉ DE PASO, distinguidos aficionados del Liceo, á cuyos esfuerzos y competencia se debió, sin duda, todo el éxito que obtuvo. Y así lo reconoce públicamente el autor, que les otorga de grado esta justicia y les demuestra su más alto aprecio y consideracion.

CUADRO ÚNICO.

—oXo—

La escena representa una sala de la casa de D. Quijote: puerta á la derecha del espectador; otra á la izquierda, que cerrada con cortina corrida figura la alcoba; en el fondo un crucifijo de madera; estante pintado, con unos cuantos pergaminos en completo desórden; mesa de cruz de hierro, sillón de baqueta, y algun trofeo de caza en la pared.

ESCENA PRIMERA.

La sobrina de D. Quijote. —El Cura del lugar.

- CURA. ¿No ha llegado nueva alguna de tu tío?
- SOBRINA. No, señor;
algun otro disfavor
nos prepara la fortuna.
- CURA. Es raro, á lo que se advierte,
que en todo el tiempo corrido,
no llegara á nuestro oido
lance alguno de su suerte.
Temo que al pobre Quijada
no le dejen hueso sano.
- SOBRINA. ¡Dios le tenga de su mano
y le torne á su posada!
- CURA. Y le sane sus locuras,
que le han arrastrado al fin,
en lomos de un mal rocín,

tras andantes aventuras.

SOBRINA. Ya es su tercera salida,
y no ha calmado su afán.

CURA. Ha de cumplirse el refrán
de «á la tres va la vencida.»

SOBRINA. Desde aquella triste aurora,
en que, paladin novel,
salió al campo de Montiel;
mi amor su desgracia llora.
Dejó de su lecho blando
el regalado contento,
por ir tras su pensamiento,
riesgos y azares buscando.
No el llanto de nuestros ojos
le dieron, ni las razones,
tregua á sus inclinaciones;
diéronle tan sólo enojos.

CURA. Te digo que su manía
peca de tenaz y extraña;
no me valió ni la maña
de escrutar su librería:
Ni nos sacó del apuro,
aquel feliz argumento,
de tapiarle el aposento
de los libros con un muro.
Dice maese Nicolás,
que tal locura maldice,
que es locura, y ¡qué bien dice!
que no se cura jamás.
Y le sobra buen acuerdo;
pues tu tío tiene un poco
de todo, es un cuerdo-loco,
y á veces un loco-cuerdo.

SOBRINA. Sin duda algún maleficio,
y los libros que leía
de andante caballería,
le trastornaron el juicio.

CURA. ¡Qué misterio tan profundo
el de la humana razón!

¡hay tantos que locos son
y cuerdos los juzga el mundo!
Pues el comun de las gentes
en cuyo juicio se fia,
muestrán al fin su mania
de mil formas diferentes.

Y son los cuerdos ¡muy pocos!

SOBRINA. ¡Era mi tío un portentoso!

CURA. Los hombres de entendimiento
suelen declinar en locos.
La jaula en que lo metimos
para volverle á su casa,
sin tener su juicio á tasa,
nunca abrirla debimos.
Mas, la caridad ordena
prestar perdon y cuidados
á los agenos pecados,
y á la desventura agena.

SOBRINA. Regalado le tuvimos,
y servido, y siempre alerta;
hasta que tomó la puerta
y otra vez burladas fuimos.
Su locura singular,
no le dejaba un momento,
ni comer con buen asiento,
ni dormir, ni descansar.
¡Cuántas noches, vigilado,
y cuántos amargos dias,
pasé con mil agonias
de su cabecera al lado!
Todo inútil; que terrible
la suerte nos fué y tirana:

CURA. Toda voluntad es vana
si lucha con lo imposible.
Cuanto dices es muy cierto:
y de verle en ese estado,
entre muerto ó rematado,
más valiera verle muerto.

SOBRINA. ¡Qué fortuna tan cruel



la que á esta casa cobija!
CURA. ¡En Dios confiemos, hija!
Alguien viene.
SOBRINA. ¿Será él?

ESCENA II.

Dichos.—Sancho Panza.

SANCHO. ¡Ah de casa!
CURA. ¿Un forastero?
SANCHO. Aquí viene el escudero
de mi señor Don Quijote.
CURA. ¡Sancho Panza! (vaya el zote.)
SOBRINA. ¡Sancho! (vaya el majadero.)
CURA. ¿Qué es de tu amo, truhan;
te vienes burla-burlando?
SANCHO. Donde las toman las dan:
mi amo se está, descansando,
en el tranco del zaguan.
SOBRINA. ¡Mi tio!
(Se dirige á la puerta.)
CURA. Yo acudo á él:
(Deteniéndola.)
evitemos la sorpresa.
(Vase.)
SANCHO. Ya al rucio le di cuartel;
y despues á mi Teresa,
un beso que ni de miel.

ESCENA III.

Dichos, menos el Cura.

SOBRINA. (Bajando á la escena.)
Y pues mi tio ha llegado,
cuéntame cómo ha venido.
SANCHO. En Rocinante montado;
mal trecho, asendereado;
y yo en el rucio, molido.
SOBRINA. Poca sal en la mollera,

tienes, Sancho, á lo que veo.

SANCHO. Si acopia grano en la era,
la sal la tiene cualquiera,
como llegue á hacer empleo.

SOBRINA. Eres por demás ladino,
y un tantico adelantado.

SANCHO. Mas nunca fuera de tino
estoy, por haber llamado,
al pan, pan, y al vino, vino.

SOBRINA. Sobrina de tu señor
es quien te habla, y prudente
debieras tenerlo á honor.

SANCHO. Y su merced tiene enfrente
á todo un Gobernador.

SOBRINA. ¡Tú, Gobernador! (Con ironía.)

SANCHO. Lo fui

de una insula famosa,
en la que presto aprendí,
que por acá y por allí,
nunca hubo cosa con cosa.

SOBRINA. ¡Gobernador: qué donaire!

SANCHO. Y os extraña tan aina;
pues sabed que la gallina
pone huevos en el aire,
pero nunca en la cocina.
Fui Gobernador, señora,
y vi que en pleitos agenos
ni se siente, ni se llora;
y antes, y despues, y ahora,
otros lo fueron de menos.

SOBRINA. Siempre los frenos trocados
están entre los nacidos,
por mal de nuestros pecados.

SANCHO. Y unos son los mantenidos
y otros son los manteados.

SOBRINA. Á mucha altura levanta
su torpe vista el mochuelo.

SANCHO. Su mal ahuyenta el que canta;
me levantaron al cielo

cuando me dieron la manta.

SOBRINA. No mereciste otra cosa;
pues al amo sonsacaste,
y de entónces no reposa:
asi, fuiste la raposa
que en el gallinero entraste.

SANCHO. No fui yo, fué Don Quijote,
el que tomando su lanza,
y su Rocinante el trote,
al combate se abalanza:
yo saqué más de un azote
de tanto correr en vano
del mundo por los confines,
por el monte y por el llano,
tras gigantes malandrines
que nos sentaban la mano.

SOBRINA. De suerte, que habeis corrido
para desfacer entuertos,
y habreis por fin advertido,
que está en el bosque cubierto
cada pájaro en su nido.
Y que el premio que se alcanza
con la punta de la lanza,
suele ser de sangre un lote.

SANCHO. Eso ha dicho á Don Quijote
muchas veces Sancho Panza.
Pero mi amo y señor,
erre que erre en su mania,
de agravios desfacedor,
no dejaba noche y dia
que durmiera el asador.
Y ya tras una princesa
en su castillo encantada,
ó por cualquiera otra empresa,
me dejaba sin cebada
para el rucio de Teresa.

SOBRINA. Eso debieras yantar
y no te hallaras tan graso.

SANCHO. Su merced alarga el paso

á más de lo regular,
y ese andar no viene al caso.
Vuestro tío me ofreció
de una insula el gobierno,
y una insula me dió;
mas como nada es eterno,
el gobierno se acabó.
Que allí todos se quejaban,
y mi paciencia era poca;
y si de comer me daban,
en cambio hasta me quitaban
los bocados de la boca.
Si me dejaban hablar,
era para echarlo á fiesta,
y reir hasta reventar;
y me habian de escuchar
con tamaña boca abierta.
Y me mostraba su aprecio,
mas me mataba de hambre,
el médico Pedro Recio,
que si en mis trece no arrecio
me deja como un alambre.
Yo jamás me pude holgar,
que uno acaba y otro empieza,
y en este dar y tomar,
ni podía bostezar
ni aun rascarme la cabeza.
En fin, paré mi molino;
dí punto á tanto trasiego,
y entre *confusio* y mohino,
enalbardando al pollino...
tomé las de villadiego.

SOBRINA. Es tu peregrina historia,
para sabida y contada
de corrido y de memoria.

SANCHO. Mi amo dice que la gloria
nunca se está aparejada.

SOBRINA. Ruido siento; si será
mi tío?



SANCHO. Yo así lo espero:
y puesto que siempre va
la sogá tras el caldero
saldré á su paso:
(Se dirige á la puerta y desde ella dice:)
aquí está.

ESCENA IV.

Dichos.—Don Quijote, apoyado en el Cura.

D. QUIJ. ¡Oh, caballeros andantes, (Con exaltacion.)
prez y gloria de estos reinos;
amparo de las doncellas;
desfacedores de entuertos;
que al oficio de las armas
os entregais por completo,
sin perdonar las fatigas,
los azares, ni los riesgos;
principes de alto renombre,
de honor y virtud espejos;
valerosos paladines;
famosos aventureros:
tú, Palmerin de Inglaterra,
el de la espada de fuego;
tú, el enamorado Amadis
de Gaula; tú, el blando Febo;
Reinaldos de Montalvan;
y, en fin, los Pares soberbios
de Francia, que en Roncesvalles
bajo la espada cayeron
del gran Bernardo del Carpio,
Hércules, sol del Imperio:
venid en torno, á admirar
de este mi brazo el esfuerzo
no domado, mas vencido
por arte de encantamento
de falaces nigromantes,
de las tinieblas enjendros.
Don Quijote de la Mancha,

el nieto de mis abuelos
soy, que por mar y por tierra,
batallo, castigo y venzo.
Ya de mis fazañas corre
la fama por los imperios,
y en letras de oro la historia
las escribe, para ejemplo,
asombro y admiracion,
pasma, encanto y embeleso
de las presentes edades
y de los futuros tiempos.

CURA. Calmad, amigo, esos brios,
refrenad esos alientos.

SOBRINA. ¡Tio de mi corazon!
vuestros brazos. (Pausa.) El sosiego
del hogar y la familia, (Con dulzura.)
y el amor de vuestros deudos,
os aguardan para daros
paz, y salud, y consuelos.

CURA. Descansad de las fatigas
á la sombra de los vuestros,
y olvidando las querellas
del mundano pensamiento,
fija en la tierra la planta,
alzad los ojos al cielo.

D. QUIJ. ¡Se me salta el corazon
y se me arde el cerebro!
(Con pena.)
¡Me ha vencido: me ha vencido,
el de los claros Espejos! (Pausa.)
Y una de las condiciones (Transicion.)
precisas del vencimiento,
es, que retorne á mi casa
por un año ¡largo tiempo!

CURA. (Aparte.) Gracias á Sanson Carrasco,
y á nuestro comun acuerdo...

SOBRINA. Tengo tio.

CURA. Tengo amigo.

SANCHO. Y yo más golpes no tengo.

D. QUIJ. En un año ¡cuántas cuitas,
(Animándose por grados.)
y cuántos daños y entuertos
se quedarán sin castigo,
sin defensa, sin remedio!

SANCHO. Mi amo vuelve á las andadas,
y habla otra vez de su pleito:
voy á subir la armadura
que ha traído mi jumento,
y más ligero que un plomo
la cargo á la espalda, y vuelvo.
(Mutis.)

ESCENA V.

Dichos, menos Sancho.

D. QUIJ. (Más sosegado.)
Por la fortuna vencido,
no por el contrario esfuerzo,
la ley de caballería
me obliga, y mi juramento,
á dar descanso á las armas,
y á desceñir los arcos,
que son de todos los Cides
gala y preciso ornamento.
(Aparte al Cura.)
Determino en consecuencia,
por el espacio de tiempo
que dure la obligación
impuesta á mi vencimiento,
hacerme pastor, y al campo
llevaros por compañero.
En su augusta soledad
daré rienda y buen empleo,
á mis nobles facultades
y amorosos pensamientos.
De este asunto, decidido,
lo principal está hecho,
que es daros nombres, que os vienen
como de molde.

- CURA. Lo creo:
dígalos, pues, que me place
este pensar tan discreto.
- D. QUIJ. Quijotiz he de llamarme:
vos Curiambro...
- CURA. En efecto.
- D. QUIJ. Y Sancho Panza, el pastor
Pancino.
- CURA. Bien; yo os ofrezco
el haceros compañía,
alguna vez; todo el tiempo
que vacase en la forzos a
obligacion de mi empleo.
- D. QUIJ. Ahora descansar quisiera,
pues no estoy del todo bueno.
- SOBRINA. Tomad el sillón, en tanto
que se os adereza el lecho.
(Le acerca el sillón.)
- D. QUIJ. Muy bien pensado, hija mía.
(Se sienta.)
(Pausa.)
¡Qué tranquilo aquí me encuentro!
- CURA. Dios haga le dure harto
su pastoril devaneo.
- D. QUIJ. Sobrina... Sancho...
- SOBRINA. Aquí estoy.

ESCENA VI.

Dichos.—Sancho.

- SANCHO. Y yo aquí. (Entrando.)
- D. QUIJ. ¡Cuánto sosiego!
Si gozar fuérame dado
de las dulzuras del sueño.
(Pausa.)
(Quédase adormecido.)
(Cuadro.)
- CURA. Le es necesario el reposo.
- D. QUIJ. (Soñando.) (Pausas frecuentes.)
¿Dónde estás... aun encantada?...

Oh, nunca bien ponderada...
Dulcinea del Toboso...!

... ..
¡Sancho!... mi lanza... es el bando
enemigo... corro á ellos.

SOBRINA. Se me erizan los cabellos.

CURA. Es que el pobre está soñando.

D. QUIJ. Cobardes... toman la huida...
son gigantes... muchos cuento,

SANCHO. Son los molinos de viento,
mi amo.

D. QUIJ. Cúrame la herida.

... ..
(Da la mano á Sancho, que para tomársela se arro-
dilla.)

¡Infeliz Altisidora...
á tu amor... soy piedra dura:
no me ablanda tu hermosura...
sufre mi desden... y llora.

... ..
Mira aquellos escuadrones...
acometen... aquí el brio...

SANCHO. Son los frailes, amo mio.

D. QUIJ. ¡Malandrines y follones!

... ..
Me fué la suerte contraria
en todo... Sancho!

SANCHO. ¡Señor!

D. QUIJ. Vas á ser... Gobernador
de la insula Baratária....

... ..
Sé justiciero, y prudente...
de honor y virtud, modelo...
ten compasion, y consuelo
para el pobre—y muy presente...
Que el gobernar, es muy llano,
si es la ley la que gobierna...
que la justicia es eterna...

y el que la tueree... un tirano.

Que hay un Dios, y hay otro mundo...

CURA. Lástima grande que esté,
volcado, y cojo de un pié,
su entendimiento profundo.

D. QUIJ. (SIGUÉ.) El que ejerce autoridad...
debe tener bien cortadas
las uñas... nunca afiladas...
vivir con honestidad...
y vestir... con tal limpieza...
que cause amor... y respeto.

SANCHO. Así lo haré.

CURA. En mi conceto,
no es loco de la cabeza.

SOBRINA. Fué siempre bueno y honrado,
y la bondad y el cariño
fueron su mejor aliño.

D. QUIJ. Digo que estoy encantado...
y el malsin encantador...
que mis empresas destruye...
es un fantasma que huye...
una sombra sin color.

CURA. Fantasma del pensamiento
es sólo su desvario.

SANCHO. ¡Pobre amo!

SOBRINA. ¡Pobre tío!

D. QUIJ. ¡Leones á mí! vengan ciento.

Con la espada y el escudo...
á pié quieto... los espera
Don Quijote... la leonera
abrid... que de rabia sudo.

SANCHO. No es de rabia á los leones
de lo que sudais; infiero
que es todavía del suero
que exprimen los requesones.

D. QUIJ. Raza escuderil... bergante...
mal nacida.

- SANCHO. Estas son flores.
- D. QUIJ. (Haciendo un esfuerzo.)
¡Atrás... los encantadores!
¡Paso... al caballero andante!
(Estas últimas palabras le rinden, y cae, en un sueño profundo, sobre el hombro de su sobrina, que le contempla tristemente.)
- SOBRINA. Está su ánima rendida.
- SANCHO. Se durmió: no es poca suerte.
- CURA. (Con sigilo.)
¡Quedos! ¡que no se despierte;
porque es un sueño la vida,
y el despertar es la muerte!

(Se indica la caída del telon, muy lentamente.—
Entretanto, se desprende del grupo, y se dirige á la concha)

- SANCHO. Público amigo y señor:
en esta amena velada,
rinde tributo de honor
el Liceo de Granada,
de *Don Quijote* al autor.
Y á fuer de buen escudero,
prometo darme un azote,
y este ha de ser el postrero,
si das un aplauso entero
al autor de *Don Quijote*.

FIN.

